

## Noráis dorados en la noche

Hola, José.

Te escribo y no te escribo. Junto letras sobre una pantalla y utilizo la segunda persona para dirigirme a ti como acto normativo, pero me consta que no estás al otro lado. Tú no creías en otra vida más allá (¡bastante tenemos con esta!) y me parece una falta de respeto fingir que sigues ahí en alguna parte, flotando en el éter, quizás en un mundo mejor.

No, no lo estás. Tu carne es materia en descomposición y tu alma, de tenerla, habría apostatado de estas pamplinas. En absoluto. No existe ningún José Saramago en ningún lado, así que no me dirigiré de esa manera hacia ti, ¿De acuerdo? Me niego a interpellarle a la nada. Le hablaré a tu recuerdo.

Le hablo a tu memoria, pues, y me dirijo al hombre que vivió en Tías, Lanzarote. Y le tuteo a ese hombre: visité tu casa en 2011. Me senté en tu escritorio, admiré tu premio Nobel, paseé por tu biblioteca, me invitaron a un café en tu cocina. También me detuve ante el árbol del membrillo que tú mismo plantaste en el jardín en homenaje al pintor Antonio López. Me contaron tu intención análoga de captar la luz, de ver cada mañana el sol reflejado sobre sus frutos amarillos. Por encima del premio Nobel, atesoro el resplandor de aquel árbol del membrillo.

Le hablo a tu recuerdo y conduzco ahora mis palabras hacia tu texto *Acerca de la inmigración en el estrecho de Gibraltar*. Reproduzco su final: «Helos aquí, todos juntos, tirándole piedras a quien llega hasta esta orilla del Bidasoa (...). En verdad, en verdad os digo, hay ciertas maneras de ser feliz que son simplemente odiosas». Simplemente odiosas, escribiste, ciertas maneras de ser feliz. ¡Cuánta razón! Y seguimos igual. Anteanoche, Helena Maleno, una defensora de los Derechos Humanos y activista, escribió esto:



**Helena Maleno Garzón**  @HelenaMaleno · May 31



En estos momentos ciento sesenta y nueve personas se juegan la vida en su intento de llegar a Canarias. El drama de las personas expulsadas de sus territorios se siente cada día en las fronteras españolas.



37



715



1,043



Hace doce años que nos dejaste, reminiscencia saramaguiana, y la situación es la misma. Rescato esta denuncia tuya plena de vigencia: «A los supervivientes de los nuevos naufragios, a los que pusieron pie en tierra y no fueron expulsados, les espera el eterno calvario de la explotación, de la intolerancia, del racismo, del odio a la piel, de la sospecha, del envilecimiento moral».

Intolerancia, explotación, racismo, odio; eso aguarda a los más afortunados, a los venturosos vivos, a aquellos que consiguen llegar. Aunque muchos se siguen quedando en el trayecto. Los muertos intentando alcanzar Europa se contabilizan por miles. Desde el 2013, cuando aconteció la tragedia de Lampedusa, se estiman en 20.000 las víctimas de la inmigración. La cifra es inexacta, el mar oculta sus secretos.

Especial vergüenza te habría dado, la parca te ahorró ese bochorno, el lamentable episodio del Tarajal. El 6 de febrero de 2014 la Guardia Civil recibió a disparos («piedras desde el Bidasoa») a personas que visiblemente tenían dificultades para flotar. Pelotas de goma directamente apuntando al mar, gases lacrimógenos arrojados a quienes rogaban auxilio. ¡Pam, pam!, como si al otro lado no hubiera personas, como si las sombras negras boqueando entre las olas estuvieran ahí para sus prácticas de tiro. Aquel día la cifra oficial cerró en 15 el número de fallecidos.

*(no vale quedarse con el número;  
hagamos el esfuerzo de imaginarlos uno a uno: uno, dos, tres, cuatro,...)*

El mundo ha cambiado, ruido blanco de José Saramago, pero ciertas catástrofes siguen su inmutable goteo. Como sociedad hemos superado una pandemia y un conflicto reciente amenaza con resucitar el fantasma de la guerra fría, pero por medio continuamos desatendiendo con alegre inanidad el salto al vacío de los desesperados.

No son noticia los “nadies”, aquellos que ignoran los dientes de las concertinas, aquellos que desconocen la indolencia del mundo que los recibe. No existe paz sobre las aguas para los hombres de buena voluntad. Míralos, tan frágiles, tan asustados, dentro de la barcaza. Desde el interior del cayuco, miran hacia el frente. Noráis dorados iluminan el puerto como luciérnagas en la noche. Pilotos rojos baten su posición asemejando tímidos faros. Envueltos en frío, los tripulantes sonríen. Echan de menos el cálido tacto de la tierra. La esperanza tiene forma de luces, de firme, de estrato. El brillo del puerto representa un horizonte alcanzado. Un final. Un inicio.

En fin, imaginario de José Saramago, debo despedirme ya. Sirvan estas líneas, esta misiva póstuma, esta oportunidad literaria, para levantar denuncia social. Creo que su intención te habría gustado, siempre defendiste a los menesterosos, y si no fuese así, me disculpo. Si te equivocaras, si me equivocase, y por encima del eco de nuestra memoria hubiese otra vida, y desde ese lugar estos breves párrafos te pareciesen inadecuados, te pido perdón.

Si existe un más allá, eso sí, por favor nunca dejes de escribir.

Y saluda a Galeano de mi parte.

—Sonny Liston—